

Entonces, reconstruyendo la excursión; concentrando triunfos y peripecias; al desearle al señor Carranza cabal descanso; contemplándole; escudriñándole; observando su paso, el paso de la inflexibilidad, de la hombría de bien, del carácter—por observaciones de Amicis—en lo más profundo, intenso, de mí mismo, algo inconsútil se levantó recorriéndome la sangre, para plasmar en juicio; juicio que hoy, ecuánime, reflexivo, convencido, integérrimo, repito:

El constitucionalismo es fuerza incontrastable. Día que pasa, victoria ganada. Su pujanza, su poderío, desborda el Estado de Veracruz; entra en México; se apodera de él, lo domina y castiga; emprendiendo lucha tesonera hacia el Norte, feudo donde es imperador Francisco Villa, por la gracia de su tenebrosa sugestión de genio—quizá abocado, en lo esotérico del destino, a rojo ocaso de derrotas...

... Por la América del "gringo" llaman al general invicto "Napoleón-bandido." Y Napoleón...

TRANCE DE AVENTURAS

CAMINO DE MEXICO

¡Horrores en delirio; demencia cárdena; macabra orgía de sangre; salvaje, supermonstruosa zambra de esqueletos, ante la sombra lívida del hermano Caín!... Todo eso, y más, cabría pensar conociendo los "hechos" del zapatismo, sus "hazañas" en la franja divisoria de convencionistas a constitucionalistas; topográficamente: llano de la meseta central, desde la hacienda Guadalupe al andén Ometusco; cincuenta y seis kilómetros de tierra, por los que la muerte bate sus rojas alas, exterminadoras.

... Cierta mañana sorprendieron en marcha a dos mujeres y un niño. Apresaron al grupo, despojándoles de ropas y dineros; obligáronles así, a caminar en campo reverberante, horas y horas, hasta rendirles la fatiga; y entonces, a la vista del hijo, cometiose el ultraje de la madre; la otra dama, por el inmenso delito de ser vieja, fué maltrecha a puntapiés.

... Varios extranjeros indefensos, cerca de Zaldívar, sufrieron un horrible agujereamiento a balazos; y luego los cadáveres, en pira, echáronse a consumir en el fuego de crepitante hoguera. Furor y espanto bailábase en los ojos a los crueles victimarios, más siniestros que las llamas satánicas.

... Cuando el ataque de Huamantla, a los enemigos cautivos enfiláronles en extramuros, y al roncar ululante de los tambores, desplegóse sombría degollina. Las cabezas, después, arrastrábanlas a la cola de los caballos, vertiginosos bajo la espuela convulsiva, al látigo feroz del jinete, ebrio de inhumanidades.

... A tal individuo, comisionista español, descubriéronle en fuga de automóvil. La máquina, de pronto, se detuvo; un torbellino de balazos había arrebatado aquella vida; como también la del chauffeur, pobre muchacho en cuya cara plasmó el espanto su más siniestra máscara. Vióle fuerza de Carranza que acudió a la singular caza.

... Y a esta familia, entera, le arrancaron, uno por uno, los dientes, quemándole los cabellos; y a aquel matrimonio, junto, hiciéronle pedazos; y a viejo infeliz, dejáronle, de un tajo, sin nariz, y sin lengua; reservando suplicio muy especial para los periodistas—"papagayos calumniadores"—, el suplicio de cortarles las manos y cegarles, con refinamiento digno de cávida página quinceyana.

—Los denostadores de la guerra, escape de

la barbarie racional, quienes con Richet dedícanse a la estadística de crueldades, buena cifra, y de calidad, alcanzarían aquí para sus rabiosos libros de paz.

Con esto cerró Palavicini la larga relación de visiones espeluznantes, cuando nuestro viaje a Apizaco.

Yo expuse deseo de pasar a México; y ello, acaso, el motivo de aquel largo recuento esquileo!...

Insistí, sin embargo; mas el doctor Rodríguez, con palabra entre afectuosa y autoritaria, remató:

—Usted no intente marcharse. Su juventud y su temperamento le pierden. Además, nosotros, impediremos a cualquier trance la aventura, que, todavía moralmente, a juicio de don Venustiano, le perjudica sobremedida.

Comprendí; y aunque, adivinando, hábale hecho entrega de mis fojas de jeroglíficos apuntes a Espinosa Mireles, el discreto secretario con fidente, dejé la insistencia, resignándome a tornar a Veracruz; pero siempre, siempre, una atosigante ansia me atraía hacia allá. Dábame bien fija cuenta de lo flojo, de lo incompleto, de lo sin valor, ni prestigio, de mis informaciones unilaterales. Los problemas de entraña vasta y compleja no pueden abarcarse de un punto; requieren examen concienzudo y distinto; apreciación de gérmenes, y opuestas influencias; estudio formal y comparado; tarea inductiva y deductiva en el laboratorio del entendi-

miento, con el auxilio directo de los sentidos. Iría, sí, a la "Ciudad de los Palacios."

—¿Cómo?

Pasaron semanas, una, dos, cuatro. Los trenes, agazapados en cada estación, no daban esperanza de transporte. Otra clase de vehículos, imposible; las leguas, por muchas, y quebradas, éranles hostiles al automóvil, al coche, al carromato; cuanto a intento pedestre, ¡desatino!

Atravesando estas confusas circunstancias, un telegrama del director—vigilante de la seguridad de sus redactores,—reclamábame en regreso: "Embarque primer buque". (Jamás sufrí contrariedad tan íntima). Ocho días, apenas, restaban para la salida del trasatlántico español, "Manuel Calvo". Y así, con el cuerpo en el Sur la psiquis, mariposa audaz, volaba al Centro; no importándome nada cuanto pudiera sobrevenirme!!

Buen golpe del carrancismo: la recuperación de Puebla, casi coincidiendo con mi mala noticia, abrióle tentadora brecha al deseo; y ya, sin poder contenerme, aproveché rápido transporte auxiliar, para ir hasta la propia ciudad de los Angeles.

La revancha, en verdad, había resultado formidablemente trágica. Bien anunció Coss, el gigantesco cohahuilense, tachado en las guerrillas enemigas de sanguinario, con estas palabras enormes:

—¡Tiene el placer de las ajenas torturas,

familiarizándose tanto con la muerte que la mira como a manceba predilecta!

Y aquel mismo hombre al enterarse allá de mis propósitos, me aconsejó desistiera del loco empeño de seguir adelante:

—Ahora están ellos como diablos, y al primero que agarren, "lo friegan". Espérese unas semanas.

—No puedo, general. Debo volverme a la Habana, prontamente—repuse.

—Váyase sin ver eso por ahí, insistió. ¿Qué gana usted con que lo "zapateen" (ahorquen)?

Los generales Alvarado y Maycotte, muy secos, tampoco me garantizaron el retorno. Sólo la Garza, y joven general de patronímico enreverado, quitábanle peligros al intento:

—Nada le ocurrirá.

—Aventúrese sin temores.

El día lo pasé cavilando... en un mar de revueltas oscilaciones. Supe cómo me haría compañía noble señor ingeniero: Calderón; y, en fin, decidíme, bastante entrada la noche. A las doce señalaban convoy militar. Preparéme de pases, y más valiosos documentos, a nombre de Obregón, recomendándoseme por espía; deposité unos dólares en poder del cajero de tropa; escribí tres cartas; para mi director eximio, para mi madre buena, para mi novia gentil; y partimos, otra vez, rumbo a Apizaco...

Primer percance: tiroteo. Silbaban las balas por encima del vagón, con silbo crudo, agu-

do, calofriante. La máquina, tal bestia herida en el lomo, corrió vertiginosa, con despavorido arrebató. Minuto a minuto, desvanecíanse, en el gran silencio fantasmal, los ecos del mortífero acero, que, a la manera de esas sueltas estrellas, surcarían el aire diáfano describiendo un parabólico fulgor...

El jefe de la plaza apizaqueña, general Palacios—por ausencia en el Istmo, de Gabira—mostróse muy cortés, solícito. Ordenó tren a las avanzadas, y también que allá, en la finca Guadalupe, se nos facilitara carreta para continuar a Apam.

Madrugada frigidísima la que pasamos cerca de la hacienda. Todos los fríos de mis años, juntos, no suman el frío que me heló unas horas. Encalambrináronseme piernas y brazos; perdí el tacto; hasta parecióme que el corazón suspendía su sincrónico palpitar. Con el alba, envueltos en mantas gordas, abrigadoras, encaminámonos a la aludida finca. Desayunamos fuerte: carne de cordero con salsa ranchera, frijoles refritos, leche de vaca, tortilla, pulque...

...Tomé pulque; una substancia perlina, gomosa, agridulce, semejante al mosto; dos, tres tragos, llevéme a la boca; un indio, el que nos conduciría, casi pudo bañarse con cuanto extrajo, y bebió, de opulento pellejo curtido.

Empezamos a dar tumbos y tumbos, encaramados en no sé qué clase de carricoche a paso de dos mulas raquílicas, y desobedientes.

El guiador, encorbado en el pescante; vestido de remiendos, con hiperbólico sombrero de olmo, fusta a la diestra, no podía dominarlas. Y había de oírsele con su voz apagada, sumisa, infeliz, —; cuán distinta a la de nuestros brutales carretoneros que pueblan el espacio de gritos e imprecaciones! — pretendiendo gobernar a los animalitos rebeldes, no obstante, miserables.

—Agí, mulí, tí, tí, jo, joo, jo...

Nada; las señoras acémilas brincaban, se detenían, soltaban sus resabiosos rebuznos al viento.

Atravesamos de modo tan peregrino por frente a seis u ocho haciendas: Mimiguapa, San Buena, Tetlapaya, Santa Gertrudis, Soltepec; todas ellas de casas altivas, almenadas, amplias, cobijando casuchonas rastreras, miserimas—el campanario, con su broncea esquila, sin faltar en ninguna.

Por el largo y tortuoso sendero, nada extraño, anormal, descubrimos. No parecía aquello contorno en guerra; muy al revés: parajes de trabajo sin interrupción; de confianza; de quietud; de laboriosidad. Aquí, hallábamos un rebaño nutridísimo de ovejas tiernas y triscadoras, o de cabras bicornes, ásperas y lanudas; luego, cruzamos por era dorada, en la cual personas y jamelgos realizaban faenas, geórgicas faenas de trilla; después vimos a centenar de toros; dos, tordos, y bravos, al puntó de que quien los gobernaba reprodujo, en parte,

a nuestra presencia, uno de los donosísimos aguafuertes de Goya: caballero español matando un bicho.

El indio lamentábase en protesta. Quería retornar. Veníase arriba, arriba, la tarde; y quizá le salieran.

—Son muy malos, señor.

A cada vuelta esperaba tropezar con soldadesca. Si se me creyera, contaría cómo me sentí contrariado por las sencillas facilidades del viaje. ¡No encararme siquiera con un zapatista, de esos de sombrero charro, enorme; pantalón ceñido — si lo tenía; guarachas — si las tenía; fusil, y alto quién vive! . . .

Una especie de volanta cruzó con mayordomo o estanciero. A lo lejos lo supuse general; y al contrario de sobrecogerme, experimenté cosquilleo de agrado. Cruzaron, al raito, como en caravana, muchas mujeres, bajitas, anchas, de narices abiertas y labios gruesos, mordiéndoles la frente rabiosos cabellos, la carga atrás, encorvándolas levemente; parecían figuras de mendigas, vagas, doloridas, evaporables . . .

Nuestras mulas, cansinas, negábanse a seguir andanza.

—Agí, jí, jí, jia, jia, lanzaba el conductor.

Nada.

Perdió él la paciencia, tal vez por primera ocasión en su vivir de aplanador sometimiento; saltó del pescante, y dióles tantos palos a los

testarudos animalitos, que me acordé de Mrs. Relly, la seráfica madrastra de cuantos cuadrúpedos gimen en este mundo su desventura!!

A las tres entramos, triunfadores, en el lugar de destino; pueblecito reducido, polvoriento, solitario. La noche pasámosla en él. A la otra mañana se tendría un carro fácilmente, por la conducción segura de barriles pulqueros.

Lo conseguimos — mediante el pago de 60 pesos por travesía. Con las campanadas del Angelus inicióse, así, la nueva ruta, análoga a la anterior. Descubrimos a Acopinalco, a Irolo, a Torres Adalid, a Ometuzco. Pero no resistíamos más. Aquella catarata solar desbordada por nuestras flacas carnaduras, tan crudamente, irritándonos la piel, poniéndonos candelillas en la fuerza délfica de los ojos, cerrando nuestros oídos a toda eurtma, haciendo que acudiese la boca fatigada al manantial misérrimo de una calabaza de San Roque, aplanábanos el ánimo; pobre ánimo mío hecho otras veces a la variedad de los paisajes, al encanto urbano, al goce grato de los sentidos! . . . Gracias a que llegábamos; a que podríamos coger ferrocarril — ¡bienhechor compendio de progreso! — el mismo ferrocarril Mexicano, roto en la parda extensión por el imperio de las Furias, enseñoreadas del planeta. A las tres partiríamos de nuevo. Tan sólo ganamos tregua para almorzar . . .

. . . A seguidas — ¡bendito Dios! — embutido en blando asiento, me sentí dormir, morir

para la vida externa, sin importarme siquiera cuanto de dominante rodeara la línea: sitios históricos; monumentos del arte originario; caprichosos mirajes de ensueño... A la vuelta grabaría esas perdidas impresiones; que el espejo del espíritu, enturbiado por la fatiga física, no estaba, no, para reflejar imágenes de afuera.

LA CIUDAD DE LOS PALACIOS

¿Por qué aquel buen señor castellano, dueño de fonda en Irolo, recitó ante concurso nutrido de nativos, y con maliciosísima fruición, los desdichados versos de Zorrilla a la Nueva España, emancipada; a sus mujeres; a sus flores?...

Ningún impulso interior, del alma; ningún sentimiento de dinamismo espiritual, aparte el de un agrio despecho, torva inquina, o famélica ingratitud, puede mover a hombre alguno, y menos si procede de casta hidalga, a zaherir, y todavía a injuriar, al país donde se vive — en andanza de beneficio propio — o por el que se cruza, profesional o "dilettante" de las letras, observando, aprisionando en las suaves mallas del entendimiento, los gérmenes propicios para "imaginerías" de prosas y de versos.

...No; ni el pródigo zurcido del don Juan, ni su muy ardiente e indiscreto panegirista, justificarían sus tales conductas, ríspidas, punzantes, contra una tierra, para tantos, a lo largo

del tiempo, hospitalaria, y si ahora hostil, en fuerza de herida por ataques rudos e injustas desafecciones.

...Yo, pues, huésped allá, con buen acogimiento y mejor porte, fuera indigno de mí mismo, mezquino en cualquier mérito de persona noble, al recoger, sólo, adredemente, cuanto de pobre, o malo, o menguado, le hube visto, ofreciéndoselo ahora con ropajes de cálida literatura, a esas ruines gentes, siempre ganosas de daños y mortificaciones ajenas, en regodeo íntimo — ¡oh, truhán Galeoto!

Quiero decir a través de tamaña maraña cómo mi pluma, hoy, y otro día mi palabra — ploma y palabra extranjeras — en lo que obraren han de hacerlo sin ánimo mordaz, fluctuante de mentiroso a sincero; pues tras la condenación del equívoco oficio, incurrir en él, ya sea ligeramente, vendría a significar, sobre desvergüenza, locura.

Crítico, sí; pero mi crítica será proba, crítica de "bona fide" — escrito en latín para más solemnidad; señalando, horro de presunciones, con además absoluto dominio de juicio, y franqueza en el modo de aderezarlo, los aspectos del conjunto, la impresión de detalles que fijara en unas horas la retina ávida.

Sigo, así, firmes huellas, próceres enseñanzas de dos discretos maestros, franceses ambos, Merimée y Taine; de Barrés, "prince" de la juventud en la vieja Lutecia, quien — es su frase — "par trois fois j'accourus entendre la

chanson de l'Espagne", e hizo tres libros inmortales, que quizá dañen a las masas; mas, ocasionan agrado singular a los inciados...

Pero salte ya la afirmación: México, capital, desencantándome, me produjo un efecto ingrato, duro, de densa, aplanante pesadumbre.

Veamos: estoy en ella. Un tranvía dúplice, donde se marca tajante lucha de clases: "señorazgo" y "peladería",—condúceme al núcleo urbano por revuelto camino, confusión de callejuelas y paseos. A lo largo de ese trayecto, sólo casas y más casas puedo distinguir; casas desiguales, sin sello arquitectónico alguno, sus espesas paredes oscurecidas por el jalbeo y la pátina de los años, puertas y ventanas, invariablemente, cerradas. — ¿Gente? Ninguna; o no; de amplio en amplio trecho, descúbrense a cuatro, a seis, a diez hombres de fea catadura, vestidos con trajes raros, abigarrados, y mucha bala y mucho fusil, e inmensos sombreros. Son los zapatistas, la tropa de guerra, dominadora de la ciudad, a la cual impone, por derecho de "conquista", el tributo de su presencia. Mujeres, apenas se ven media docena; y eso, infelices madres mendicantes, con las indefectibles criaturillas ceñidas a la espalda, sucias de pies a pelambre, lastimeras, sin darse cuenta del vivir, casi muertas. En el carro de viaje se destacan algunas personas de mejor aspecto; pero en los rostros, aun por cuantos la navaja pusiera ráfagas de

influencia "yankee", señalase como el rictus de la melancolía, el esguince de un sufrimiento recóndito, cansancio de sangre, malestar, angustia, tragedia...

Ni pregones callejeros, ni zambra muchacheril, ni música de organillos, ni ruido de vehículos, ni nada. Silencio, un silencio concentrado, misterioso, medroso, esclavo; el silencio de la ansiedad, del cautiverio, de la congoja, de la muerte. Y como si no fuera bastante el desolador panorama, una magna iglesia que, al pronto, sombríamente, luce sus perfiles negros, ensombreado tierra y cielo, a los cuales pretende unir por la senda de las creencias, abierta allí mismo, tras la boca oscura del pórtico, a pobres prójimos desolados, presos del terror a lo milenarío, entrando y saliendo al misericordioso templo románico, convulsos de ánimo y de cuerpo...

...Desciendo del carro y ando unos pasos; otros; entro al corazón ciudadano. Aquí álzase las construcciones enormes, sólidas; unas, modernas; otras, de épocas del tormentoso Maximiliano. Aquéllas y éstas careciendo de gracia, de ligereza, de arte, — supusiéranse murallas impenetrables entre quienes las habitan y el viandante. ¡Cuán distinto ello a Cuba, donde nuestras claras, espaciosas, confianzudas viviendas, de amplios arcos, de cómodas terrazas, de puertas y ventanas abiertas, parece invitan a cada transeunte a pasar, y a sentarse, a sostener charla, viva y campechana charla,

con el dueño, buen camarada de cualquier instante! . . .

Los monumentos públicos dan, exactamente, una sensación de pesadez, de fealdad, de mal gusto en la forma y emplazamiento — ¡oh Caracas ornamental y magnífica! — El propio “caballito”, gran estatua ecuestre de escultor mexicano, y que don Miguel La Grúa, Marqués de Branciforte, le ofreció a Carlos IV “El benéfico, el religioso, Rey de España y de las Indias”, levántase sobre raquíptico pedestal, casi a ras del suelo, en la confluencia de anchas vías, arterias municipales que se absorben la magnitud majestuosa y bella del bronce, hasta reducirlo a algo secundario. De las figurillas del Paseo de la Reforma, nada debe hablarse; pues, mejor que representación objetiva de determinados caudillos insignes, parecen remates caprichosos de tumbas pretéritas, hechos por escultores de pacotilla. Este paseo es hosco, es lúgubre, es calofriante; parece avenida de camposanto, ala misma de cementerio, con sus cipreses y sus fresnos y su impresión de quietismo, de agonía; como si allí, junto a Cuauhtemoc, estuviese sepultada la historia de una raza, su energía, sus grandezas, sus glorias, sometidas, aniquiladas, an epoteosis de Santo Oficio, a la vista adusta del formidable Conquistador. (No sé si D. Nicolás Rivero pidió un día consagraran, frente al torturado príncipe azteca, al impiedoso Cortés. Sacrilegio. De los españoles hay uno que re-

clama, sí, objetivación: el dulce, blando, magnánimo, sin par, Fray Bartolomé, milagro de bondad, de benevolencia, de clemente agrado, florecido en el yermo de las crueldades ibéricas, allá por las fechas del descubrimiento, e incursiones aventureras).

Algo también de un carácter marcadamente fúnebre, es lo que se ha erigido en memoria de Juárez — indio voluntarioso y docto — especie de mausoleo de mármol blanco, y bronce, desplegado, en semi-círculo, al extremo de tupida alameda.

Apenas concluí de almorzar—en el famoso restaurant Silvain—con dos Ministros Plenipotenciarios, un Canciller de cónsules, y brillante jurista salvadoreño, amigo él de Lagos y Lagos (Q. E. G. E.), salime a recorrer parajes históricos, al principio anda que anda, luego en buena máquina “Fiat”, Visité la Penitenciaria, el Palacio de Minería, el de Justicia, el Presidencial, Chapultepec. . . ¡Soberana sorpresa! ¡maravilla de maravillas!

Esto y las colonias “Roma” y “Juárez”, me parecieron los únicos parajes de México, objetos de legítima admiración para cualquier forastero, ya proceda él de New York o París, de Berlín, Londres o la Haya. Hay en ellos suntuosidad, hermosura, excelencia estética. El Castillo me lo figuro inigualable atendido lo paradisiaco de los contornos, y la hechicera magia de leyenda que envuelve. Mas, ved cómo aún hasta a él sube, y le invade,